Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral
de Zamora

EL IDEAL MAS SUBLIME

¡Joven! ¿Qué piensas?

¡Sacerdote! ¿Quién eres tú?

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

Con licencia eclesiástica
I.S.B.N. 84-7693-089-5
D.L. B-40.238-1990
Printed in Spain
Impreso en España por G.M.S. IBERICA, S.A.
c/ Poblet, 19-21, entlo. 5.ª - 08028 Barcelona

POR VIA DE PRÓLOGO

Me dirijo a vosotros jóvenes de hoy, especialmente a los que camináis sin rumbo y con poca fe para daros a conocer el ideal más sublime a que podéis aspirar en esta vida..., y también a los que se acercan al sacerdocio con poca preparación y llegan por este motivo a dudar de su identidad sacerdotal.

Primero me dirijo a vosotros, jóvenes, para que si algunos andáis por caminos torcidos reflexionéis y os intereséis por hacer fecunda la edad de vuestra vida, y os decidáis a ir no sólo por la senda del bien, sino a ser apóstoles e incluso ¿por qué no? a ser sacerdotes misioneros de tantas otras almas extraviadas.

Mi deseo es que penséis en la gran dignidad del sacerdote católico, de la que también os hablaré, y si un día aspiráis a serlo, lo hagáis, con pleno conocimiento y sin el menor asomo de duda, o sea, con pleno convencimiento pensando que el sacerdote es para toda la vida, es decir, para siempre.

El que, después de una vida de pecado, se decida a ser sacerdote, deberá imitar a un San

Pablo, a un San Agustín y a tantos otros, quienes después de su conversión, fueron entusiastas e incansables apóstoles del bien, trabajando incesantemente y también santamente con el ejemplo y la palabra hasta su muerte.

Advertiré que he escrito ya otros dos libros sobre el tema del sacerdocio, uno titulado: «¿Seré sacerdote?», y otro: «El pueblo pide sacerdotes santos, no vulgares», y para mayor provecho encomiendo su lectura, si bien en éste destaco las principales ideas para que los que aspiréis al sacerdocio, os déis una clara idea de su dignidad, y los ya sacerdotes tengáis presente la misión que pesa sobre vosotros.

Que Dios ilumine las mentes de todos y guíe nuestros pasos por el camino del bien y de la paz.

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, 1 enero 1990

Primera parte

JOVEN, ¿QUÉ PIENSAS?

A vosotros, jóvenes, a los que váis por la senda del bien, y a los que camináis con vuestras dudas por este mundo, me dirijo para hablaros de un ideal sublime, y con el deseo de que lo conozcáis y os animéis a seguirlo.

Hoy hay masas inmensas de hombres que caminan por el mundo sin rumbo, sin fe, sin saber de dónde vienen ni a donde van... Hay muchos jóvenes llenos de dudas, de incertidumbres, de desilusiones, de fracasos... Muchos van desviados, camino del vicio, del crimen... y de la cárcel.

¡Cuántos hombres viciosos, hijos pródigos, hastiados de la vida, sin esperanzas! Hay que apuntarles un norte, un camino, un sendero... ¡Dura tarea hacerles ver algo más noble y un ideal para que dejen de ser esclavos de sus pasiones!...

¿Quién podrá señalarles este ideal y encaminarles hacia él? ¿Quiénes pueden ser los libertadores de este mundo? Uno de ellos puedes llegar a ser tú... Los verdaderos libertado-

res no pueden ser otros que los que están exentos de las lacras de este mundo..., los que están libres del mal y no son esclavos de las pasiones... ¿Quiénes son estos héroes? Los sacerdotes, especialmente los «sacerdotes santos» y cuantos a ellos se asemejan...

Tu puedes cambiar, como cambiaron un día San Pablo y San Agustín de los que ahora hablaremos, y pasar de pecador a santo... e ir señalando el camino del bien a otros que van por sendas de perdición.

El ideal más sublime lo puedes vislumbrar en el Evangelio (libro que debes llevar siempre contigo y leerlo con frecuencia). En él tienes las enseñanzas de Jesucristo, la doctrina que nos salva.

Jesucristo predicó un mensaje a hombres que amaban las tinieblas..., a hombres que iban por el camino del vicio y del error..., mas para tí no debe ser, como lo fue para ellos y lo es actualmente una cosa absurda... Esto es lo que reconoció el apóstol Pablo, después de su conversión, al decir: *«Nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles»* (1 Cor. 1,23).

Cristo crucificado es hoy para muchos un absurdo. La pobreza, la humildad, el dolor, los valores espirituales de las bienaventuranzas evangélicas son también un absurdo. Y quien las predica es tenido por loco.

La doctrina que eleva a los hombres es incomprendida. Por eso el mismo Jesucristo que la predicaba un día fue tenido por loco (Mc. 3,21), y hasta los sacerdotes judíos y los fariseos en Jerusalén llegaron a decir de Él: *«Está endemoniado, ha perdido el juicio. ¿Por qué le escucháis?»* (Mc. 10,20). *Jesucristo vino a los suyos, y los suyos no le recibieron* (Jn. 1,11).

Si bien lo observamos, se cumple la Escritura Santa: *«El hombre de sola razón natural no percibe las cosas del Espíritu de Dios. Son para Él locura, y no puede entenderlas, porque hay que juzgarlas espiritualmente* (1 Cor. 2,14).

¿Quiénes fueron San Pablo y San Agustín?

¡Jóvenes! Examinad la vida de Pablo de Tarso y de Agustín de Hipona, y tal vez veáis en ella, en los primeros años de su juventud, reflejada la vuestra, y luego siguiendo su ejemplo, podréis imitarlos en el apostolado del bien.

1) Vida de San Pablo

¿Quién fue San Pablo? El mismo nos lo dice: *«Yo fui blasfemo, perseguidor violento de la Iglesia de Dios, que cual lobo voraz la iba devastando, encarcelando a los buenos y obli-*

gándoles a blasfemar, y enfureciéndome contra ellos sobremanera los perseguía hasta en las ciudades estranjeras; pero alcancé misericordia porque lo hacía con ignorancia en mi incredulidad... «(1 Tim. 1,13 ss; Hech. 26,1).

El cambio de Pablo. Un día «Saulo» (así se llamaba antes de su conversión) decidió ir desde Jerusalén a Damasco en donde florecía un buen grupo de cristianos, y cuando iba destilando odio en su corazón y con el propósito de aniquilar y asolar la Iglesia naciente, dando muerte a aquellos cristianos, de repente una luz del cielo lo iluminó y cayó a tierra, oyendo entonces atónito una voz como de trueno espantoso que le decía: *«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»* (Perseguir a los cristianos es perseguir a Cristo). Conoció que era Jesús al que perseguía, y entonces dijo: *«Señor, ¿qué quieres que haga?»*. Aquella luz del cielo, aquella gracia divina humilló a Saulo *enemigo* y lo cambio en *apóstol.*

Para que tú que lees esto, conozcas bien quién fue San Pablo, te aconsejo leas el libro sagrado de los Hechos de los Apóstoles, y te admirarás cómo aquel joven Pablo, blasfemo y perseguidor de la Iglesia, una vez que conoció a Jesús de Nazaret, fue por todas partes proclamando que Él era el Mesías, el verdadero Dios, y por Él se sacrificó, sufriendo azotes y cárceles, hambre y sed, trabajos y toda clase de

angustias y persecuciones en las cuales llegó a complacerse por amor a Cristo, y predicaba a todos diciendo que *«por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos»* (Hech. 14, 21), y es de admirar que después de tanta cultura helénica y romana sólo se gloriaba en conocer a Jesucristo y a éste crucificado (1 Cor. 2,2) y tanto lo amaba y tan apasionado estaba por Él que llegó a decir: *«El que no ame a Nuestro Señor Jesucristo, sea anatema«* (1 Cor. 16,22).

San Pablo es el gran modelo de penitentes, de mártires y de apóstoles... y el gran pregonero de la misericordia divina. Él dijo *«Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo»* (1 Tim. 1,15), mas por eso conseguí misericordia, para que en mí primeramente mostrase Jesucristo toda su longanimidad, y sirviera de ejemplo a los que habían de creer en Él para la vida eterna.

Todos hemos de saber preguntar a Dios como el apóstol: *«Señor, ¿qué quieres que yo haga?»*...y llegar a decir como él: *«Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo»*. ¿Quién no reconocerá por lo brevemente expuesto que la vida de San Pablo es admirable y llena de grandes enseñanzas? Dios lo iluminó a él de un modo extraordinario, pero también a todos nosotros nos está iluminando ordinariamente ya por el ejemplo del mismo apóstol, ya por sus

cartas llenas de sabiduría. Imitémosle y procuremos ser como él seguidores de Cristo.

2) **Vida de San Agustín**

Aurelio AGUSTIN ha sido uno de los hombres más geniales y extraordinarios de la humanidad. Nació el año 354 en Tagaste, pequeña ciudad de Numidia (Africa). Su madre Mónica era modelo de madres cristianas y fue la que lo educó en los rudimentos de la religión.

Agustín empezó a dar de pequeño pruebas visibles de talento y fue enviado a estudiar a Madaura y luego a Cartago en donde se entregó a la vida de corrupción que allí reinaba. De una relación ilícita tuvo un hijo... Leyendo el *Hortensius* de Cicerón, despertó en su alma un amor por la sabiduría..., pero seguía impaciente por conocer la verdad, y se alistó en la secta de los maniqueos, que le prometían tal conocimiento. Lo supo su madre y suplicaba a cuantos podían verle que lo apartasen de esa herejía. Entonces un obispo ante quien renovó sus instancias, le dijo: «Es imposible que el hijo de tantas lágrimas se pierda».

El mismo Agustín, pasado poco tiempo se dio cuenta de los errores de los maniqueos y el tiempo perdido en la secta... y empezó a germinar en su espíritu el propósito de renunciar

al mundo, pero le hacían una furiosa guerra las pasiones, sus antiguas consejeras (Conf. 8,26). El sentía que le tenían como atado. Por un lado veía a tantas almas puras y le parecía oír una voz que le decía: «¿No podrás tú lo que éstos y éstas? ¿Acaso ellos lo pueden por sí mismos y no en el Señor, su Dios? No estribes en ti...».

Por otro lado las pasiones, las que quería dejar, le gritaban: «¿Piensas tú que puedes vivir sin nosotras...?» Mas él vivía apenado y triste; los placeres impuros le dejaban vacío el corazón y quería salir de aquel estado y de tanta miseria...

Un día del mes de agosto del 386, como oyese referir la vida de San Antonio y de otros monjes de Egipto, quedó profundamente afectado, y dirigiéndose a su amigo Alipio, le dijo: «¿Qué es esto, que has oído? Se levantan los ignorantes y conquistan el cielo, y nosotros con nuestra fría ciencia nos revolcamos en la carne y en la sangre».

Seguido de Alipio retiróse al jardín, y, sentado debajo de una higuera exclamaba (Cof. 8,28):«¿Hasta cuándo Señor? ¿Hasta cuándo estaréis irritado conmigo?, olvidad mis antiguas prevaricaciones. ¿Cuánto tiempo diré mañana, mañana? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no en este instante?» Y entonces oyó a manera de una voz infantil que cantaba *tolle, lege* =

toma y lee, e interpretando que se le mandaba leer en la Divina Escritura lo primero que en ella se encontrase, abrió el libro santo y tropezó con estas palabras de San Pablo: *«No en comilonas ni en embriagueces; no en alcobas y deshonestidades, sino vestíos de nuestro Señor Jesucristo»* (Rom. 13, 13-14).

No quiso continuar leyendo, ni fue menester, como él dijo..., reconoció que Dios y sólo Dios es el centro de la felicidad: «Nos hiciste para Ti e inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en Ti». Entonces, y al instante como él dijo: «se disiparon las tinieblas de mis dudas».

El Agustín pecador, se convirtió a Dios, oyó en el fondo de su corazón su voz, y el milagro de su transformación se realizó cuando se decidió con valentía resistir a las pasiones y abandonar el pecado mediante la gracia y la misericordia infinita del Señor. Luego se ordenó de sacerdote y fue obispo, el gran obispo de Hipona y doctor de la Iglesia, al que se le llamó «martillo de herejes», pues combatió y refutó con claridad las herejías de su tiempo.

Tu puedes ser apóstol y ministro de Dios

Alguno tal vez se diga: Yo que he pecado mucho ¿podré ser sacerdote? ¿No me impedirán mis pecados el serlo?... Si tú, que lees estas

páginas, vas por caminos torcidos, si quieres, no lo dudes, puedes rectificar, salir del pecado e ir por la senda del bien e incluso ser sacerdote, apóstol misionero de tus hermanos, los hombres, al igual que has visto lo hicieron un día Pablo de Tarso y Agustín de Hipona, que en su juventud, el uno se dejó arrastrar por las pasiones y el otro fue blasfemo y perseguidor de la Iglesia, pero vueltos a Dios, fueron grandes santos y apóstoles del bien. Tú lo que necesitas ahora es fuerza de voluntad... Piensa que «querer es poder».

En los seminarios no entran los santos, se entra para serlo.

Hay defectos, vicios quizá y malas inclinaciones, y es preciso irlas corrigiendo, y aquel que se deje moldear y no oponga resistencia tenaz a la reforma de sus defectos, será apto y digno para el sacerdocio.

La norma general para ser sacerdote es ésta: Todo aquel que se sienta movido a consagrarse al servicio de Dios y de la salvación de las almas, y que cuente a este fin con dotes físicas, intelectuales y morales, puede ser sacerdote y ser considerado como llamado por Dios al sublime ministerio sacerdotal.

Joven, piensa en el sacerdocio

Grande es, como podrás apreciar por lo ex-

puesto en las páginas siguientes, la dignidad sacerdotal, pues «nada hay en la tierra que la pueda igualar» (San Ambrosio).

A los jóvenes que sientan la llamada de Dios y a los ya seminaristas, os diré con el Papa que es necesario que os preparéis con todo empeño para la misión que Dios os llama. Vosotros sois la esperanza de la Iglesia y de los pueblos, porque esperan de vosotros los medios de la salvación eterna.

El llamado al sacerdocio debe ser «*ejemplar de los fieles en el hablar, en el trato, en la claridad, en la fe, en la castidad*» (1 Tim. 4,12).

El sacerdote, dice San Juan Crisóstomo, debe ser espejo en el que se miren los fieles. Es, pues, necesario que si os decidís a ser sacerdotes, os determinéis a ser modelo y ejemplares de todos, y sino dejar ese camino.

El sacerdote debe ser ante todo hombre de carácter, hombre de una voluntad firme que sabe decir «no» a todo lo que es pecado.

¿Qué te impide a ti abrazar el sacerdocio? A muchos les cuesta vencer las pasiones y abrazar al celibato.No dudes que podrás vivir en castidad, y lo lograrás, si antepones el amor a Dios a todos los amores terrenos, si te esfuerzas con la gracia de Dios, recepción frecuente de sacramentos e imploras la protección de la Virgen Inmaculada, sin abandonar la vida de oración,

vigilancia de sentidos y evitar toda ocasión de pecado.

Tú puedes ser apóstol. Jesucristo dice: *«Id, predicad el Evangelio..., enseñad a todas las gentes...»*. La Iglesia tiene necesidad de sacerdotes para cumplir su misión y tú puedes ser uno de ellos. En medio de tantas medianías y almas vulgares, se necesitan jóvenes de voluntad y de una entrega decidida al servicio de Dios.

Advertencias:

1ª Para vivir una vida de pureza y empezar a fortificar la voluntad te aconsejo la lectura de estos dos libros míos: *«La formación del carácter»* y *«La educación sexual. ¿Qué decir de la masturbación?»* y los recomiendo porque he podido comprobar que muchas vocaciones sacerdotales fracasan por la flojedad y la falta de la formación sólida del carácter. No te desanimes. Lucha. La alegría nace de corazones puros.

2º Las páginas siguientes que empiezan con el título: *«Sacerdote, ¿quién eres tú?»*, las creo útiles no sólo para sacerdotes jóvenes sino también para los que sintiendo la vocación sacerdotal, se preparen para recibir un día las Ordenes Sagradas y piensen que ser sacerdote es serlo «para siempre» y no titubearán por género alguno de dudas, sino que seguirán con alegría y entusiasmo en el camino emprendido.

Segunda parte

SACERDOTE

¿Quién eres tú?

Yo no dudo que sabrás quién eres, y ¿quieres saber por qué hago esta pregunta? Sencillamente porque no han faltado algunos que han llegado a dudar de su identidad sacerdotal; pero será posible que un sacerdote con una situación y actuación tan eminente y trascendente en la Santa Iglesia se vea atacado de dudas y problemas acerca de su identidad?

«Estas dudas son como un ejército de termitas que roen desde dentro el corazón y el vigor. Un sacerdote en estado de duda de la propia identidad es ya un fantasma o un cadáver« (J. Solá Romá).

El sacerdote que duda de su identidad es sin duda el que se ha acercado a recibir las Órdenes sagradas sin la debida preparación y por lo mismo no ha sido bien formado en el Seminario, pues de lo contrario no se explica que pudiera dudar jamás de su identidad sacerdotal.

Todos los jóvenes, desde el momento que se disponen a recibir el Orden del Presbiterado, deben estar convencidos que el sacerdote es para toda su vida, para siempre: *«Tu es sacerdos in aeternum«*

El sacerdote no es como los demás hombres

Para que no decaigas en el valor y grandeza de la dignidad sacerdotal debes tener presente que el sacerdote no es un hombre cualquiera o un hombre como los demás desde el momento de su ordenación sagrada.

El sacerdote es «otro Cristo», «el hombre de Dios», el ministro del Señor, el que obra «en persona de Cristo»..., él es instrumento válido, cauce del Espíritu Santo... Este don no lo recibe el sacerdote para sí, sino para los demás, y por eso vive para otros. Es el hombre de la comunidad (Pablo VI).

El prestigioso literato francés, Drüon, combatía la creencia de que el sacerdote, para otros como para el mismo, fuera un hombre como los demás, y por eso se lamentaba diciendo: «El sacerdote se ha despojado de todo signo distintivo; parece que con ello quisiera convencernos de que es un hombre como los demás. Pero justamente, si no es distinto de los demás, no es nada».

«Lo que el creyente busca en él es una diferencia, en el sentido de una verdadera superioridad. No necesitamos curas-camaradas. Los curas-camaradas no han conseguido gran cosa entre los jóvenes de las últimas generaciones.

Si tenemos necesidad de sacerdotes es para que confieran a los actos de nuestra vida un poco de sublimidad, un poco de sacralización o de sacramento. Son embajadores de lo divino y deben situarse en condiciones de inspirar un respeto inseparable del carácter de su misión».

Jesucristo instituyó el sacerdocio para proseguir en la tierra su Obra salvífica. Se confiere por un sacramento: el sacramento del Orden, don y gracia del Espíritu Santo. Gracia que consagra al sacerdote para dedicarle totalmente al servicio de Dios y a la obra de la salvación de los hombres.

¿Qué dice el Concilio Vaticano del Sacerdote?

«Los presbíteros han sido consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento conforme a la imagen de Cristo Sumo Eterno Sacerdote».

«Su oficio sagrado lo ejercitan sobre todo en la celebración Eucarística, en ella, actuando en persona de Cristo, actualizan y aplican el sacrificio único del Nuevo Testamento: el de

Cristo que se ofrece a Sí mismo al Padre como hostia inmaculada». «Todos los sacerdotes sirven al bien de toda la Iglesia según la vocación y la gracia de cada cual (LG. 28).

«Los sacerdotes, por la unción del Espíritu Santo, quedan marcados con un carácter especial que los configura con Cristo sacerdote, de tal manera que pueden actuar en persona de Cristo Cabeza» (PO. 2).

Esa es tu definición, ¡oh sacerdote!: Una imagen viviente de Cristo Sumo Sacerdote. Ministro y representante de Cristo: tan de verdad, que obras en persona de Cristo; Cristo por ti realiza ahora ministerialmente la misma obra que realizó personalmente en su vida mortal.

Esa es tu identidad. Ese es tu ministerio. Esa es tu función. Eres «otro Cristo». Eres la presencia de Cristo; eres su voz y su mano. Por ti Cristo actúa ahora y aquí su obra salvífica: «Para realizar obra tan grande, Cristo se hace siempre presente a su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica.

Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz, sea, sobre todo, bajo las especies eucarísticas.

Está presente en los sacramentos con su fuerza, de modo que, cuando alguien bautiza,

es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente cuando la Iglesia suplíca y canta salmos» (SC. 7).

«Es necesario que los pastores a imagen del Sumo y Eterno Sacerdote, desempeñen su ministerio santamente y con entusiasmo, humildemente y con fortaleza. Así cumplido ese ministerio será también para ellos un magnífico medio de santificación...» (LG. 41).

Grandeza de la dignidad sacerdotal

Los testimonios siguientes nos dicen que el sacerdote supera a los fieles en dignidad, y por lo mismo debe superarlos en virtud.

– El sacerdocio es la más alta y excelsa dignidad, es la cima de todo (San Ignacio M.).

– El sacerdote es tan superior a las dignidades de la tierra, como el alma es superior al cuerpo (San Clemente Romano).

– Quien dice Sacerdote dice hombre divino. Esta dignidad es angélica o más bien divina (San Dionisio).

– Nada es igual en la tierra a esta dignidad de los sacerdotes, que son rectores de la grey de Cristo (San Ambrosio).

– El sacerdote ocupa un lugar intermedio entre Dios y el hombre; es menos grande que

Dios; pero es más grande que el hombre (Inocencio III).

– ¡Oh sacerdotes! ¡Dios os ha puesto por encima de los reyes y de los emperadores, y hasta por encima de los ángeles! (San Bernardo).

– Si encontrara en un camino a un sacerdote y a un ángel, saludaría primero al sacerdote por la potestad que ha recibido de Dios (S Francisco de Asís).

– Aquel que honra al sacerdote, honra a Cristo, y el que ultraje al sacerdote, ultraja a Cristo (S.J. Crisóstomo).

– Grande es la dignidad de los sacerdotes a los cuales es dado lo que no es concedido a los ángeles. Pues sólo los sacerdotes ordenados en la Iglesia tienen el poder de celebrar y consagrar el cuerpo de Cristo. El sacerdote es ministro de Dios, cuyas palabras usa por su mandamiento y ordenación (Kempis).

– La dignidad de los sacerdotes es grande, pero su ruina también es grande si pecan. Alegrémonos por su elevación, pero temblemos por sus culpas (San Jerónimo).

– Es preciso que la conducta corresponda a la dignidad (San Ambrosio).

– Por la dignidad de sus funciones, Dios considera hechas a sí las ofensas que a los sacerdotes se les hacen. Sus pecados no justifican la irreverencia de los demás. Como el sol, dan luz

y calor a las almas, tienen misión de ángeles...» (Santa Catalina de Siena).

– Los fieles esperan de nosotros que seamos hombres de fe y de oración. Los fieles esperan de nosotros la verdad sobre Cristo y las enseñanzas de la Iglesia. Ellos exigen ver el amor de Cristo encarnado en nuestras vidas. Todo esto nos recuerda una verdad esencial que el sacerdote es «otro Cristo». En ese sentido, los sacerdotes somos Cristo para aquellos con los que ejercemos nuestro ministerio (Juan Pablo II).

Deber de los fieles es orar por los scerdotes y procurar honrarlos, porque el que los honra, honra al mismo Jesucristo.

Testimonio de los últimos Papas

1) Palabras de San Pio X

Nos preocupa que los ministros de Dios sean lo que deben ser por su cargo. Pues estamos persuadidos de que de ellos, sobre todo, hay que esperar el buen estado y el progreso de la Religión.

La condición del sacerdote es tal que no puede ser bueno o malo sólo para sí, ya que su manera de ser influirá necesariamente en el pueblo. El que cuenta con un buen sacerdote, ¡qué bien tan grande y precioso tiene!

Cualquier que ejerce el sacerdocio no lo ejerce sólo para sí, sino también para los demás: *Porque todo sacerdote entresacado de los hombres, es para bien de los mismos hombres en las cosas que miran a Dios* (Heb. 5,1).

El sacerdote debe ser santo porque es la luz y sal de la tierra, porque es el dispensador de los misterios de Dios y porque administra cosas santas.

Si el sacerdote descuida su santificación, no podrá ser la sal de la tierra, pues lo que está corrompido y contaminado no puede servir de modo alguno para conservar otras cosas; y allí donde la santidad falta es inevitable que entre la corrupción. Así, Jesucristo, continuando la metáfora, llama a tales sacerdotes sal inútil *«que no sirve más que para ser tirada, para ser pisada por los pies de los hombres»* (Mt. 5,13).

2) Palabras de Pio XI

El sacerdote es el que en medio de los errores... y de la corrupción espantosa de la malicia humana, se yergue, como el faro que con sus luces durante la noche dirige el curso de los barcos... Él es el que nos enseña el camino recto que debemos seguir, esto es, el camino de la virtud y del bien.

El sacerdote es ministro de Cristo; es como

un instrumento del Divino Redentor, para la continuación de su obra redentora...

El sacerdote es ministro del perdón, pues a él le dio el poder de perdonar los pecados (Jn. 20,23)... El sacerdote católico es ministro de Cristo y dispensador de los misterios de Dios, con aquel «misterio de la palabra» (Hech. 6,4), que es un derecho inalienable y, al mismo tiempo, un deber imprescriptible, impuesto por Jesucristo mismo: *«Id, enseñad a todas las gentes... enseñándolas observar todo lo que yo os he mandado* (Mt. 28,19-20).

El sacerdote es el público y oficial intercesor de la humanidad para con Dios y quien ha recibido el encargo y mandato de ofrecer a Dios en nombre de la Iglesia, no sólo el real y verdadero sacrificio del altar, sino también el *«sacrificio de alabanza»* (Sal. 50,14) con la plegaria pública y oficial».

De la importancia del sacerdote en la sociedad nos hablan los reiterados ataques que los enemigos de la Iglesia lanzan contra él para arrancarlo de ella si fuera posible.

¿Por qué combaten hoy muchos al sacerdote católico y le odian? Sencillamente, porque molesta a los que obran mal, recordándoles que hay *un Dios, un infierno, un cielo, una eternidad.*

3)Palabras de Pio XII

El sacerdocio es verdaderamente el gran don del Divino Redentor, que para hacer perenne la obra de la redención por Él realizada en la cruz, transmitió sus poderes a la Iglesia, a la que hace participante de su único y eterno sacerdocio. El sacerdote es *alter Christus*, porque está sellado con indeleble carácter que le configura a Cristo.

El sacerdote no debe confiar en sus propias fuerzas, ni complacerse en sus propias dotes, ni buscar la estima y alabanza de los hombres, ni aspirar a puestos elevados, sino imitar a Cristo, que no vino *«para ser servido, sino para servir»* (Mt. 20,28); niéguese a si mismo según las enseñanzas del Evangelio (Mt. 16,24), apartando su ánimo de las cosas terrenas para seguir más expedito al divino Maestro...

Y porque tiene que estar libre de las preocupaciones del mundo para dedicarse por todo entero al divino servicio, la Iglesia ha establecido la ley del celibato, para que fuese siempre más manifiesto a todos que el sacerdote es ministro de Dios y padre de las almas...

Con la ley del celibato, el sacerdote, más que perder el don y el oficio de la paternidad, lo aumenta hasta lo infinito, porque si no engendra unos hijos para esta vida terrena y ca-

duca, los engendra para la celestial y eterna... Vigilad, amados hijos, porque la castidad sacerdotal está expuesta a muchos peligros... *Vigilad y orad* (Mc. 14,38), acrodándoos de que vuestras manos tocan las cosas más santas y que habéis consagrado a Dios, y sólo a Él debéis servir. El hábito mismo que llévais os advierte que no debéis vivir para el mundo, sino para Dios.

Al dirigir las asociaciones y sodalicios femeninos, mostraos como conviene a los sacerdotes; evitad toda familiaridad; y siempre que sea necesaria vuestra labor, prestadla como ministros sagrados.

El pueblo cristiano ansía ver en el propio pastor un hombre distinto de los demás por sus dotes intelectuales y morales; y, por tanto, inteligente, culto, equilibrado en los juicios, ordenado, generoso y pronto al perdón.

4) Palabras de Juan XXIII

La Iglesia os quiere así: capaces de resistir a los atractivos y seducciones del siglo; capaces de moderar la sensibilidad para ser siempre dueños de vosotros mismos; poseedores en grado eminente incluso de las virtudes naturales. En vano buscaríamos al sacerdote digno de su vocación, si no estuviera dotado de virtudes

naturales; de ahí, pues, el deber de la sinceridad, de la imparcialidad; mantener la palabra dada; ser lineales y rectos; no seguir las vías tortuosas de la confusión y de la imprecisión; no justificar intenciones menos bellas con pretextos de caridad y de culto (22-9-1959).

5) Palabras de Pablo VI

El sacerdocio es una entrega total de la vida al único y supremo amor... El sacerdote es un hombre de Dios, es el ministro del Señor... Un sacerdote no se pertenece a sí mismo; y su misma vida ministerial está condicionada por la comunión de los fieles, a los cuales se dirige su ministerio: él está a su disposición, a su servicio; y lo que ayuda a su edificación es opción obligada para el sacerdote (10-5-1970).

Pablo VI escribió una encíclica «Sacerdotalis coelibatus», y habló varias veces de este tema. He aquí sus pensamientos: «El celibato es una ley capital de nuestra Iglesia. No se puede abandonar ni ponerla en discusión». La Iglesia está en su perfecto derecho de mantenerlo y tiene graves razones para ello, y no se puede criticar esta actitud, porque a nadie se le obliga a abrazarlo. El que quiera ser sacerdote o religioso consagrado a Dios, ya sabe a que atenerse.

El celibato es una joya y un honor de la

Iglesia católica, y no es sólo renuncia a algo, sino primeramente una entrega personal y total a Dios y a su obra en la tierra. La renuncia, para que sea aceptada por Dios y por la Iglesia, debe ser *enteramente voluntaria y libre y exenta de todo egoismo.*

Por eso los que se acerquen a las Ordenes sagradas dben hacerlo con alegría y con amor a la causa de Dios sintiendo «no el peso de una imposición desde fuera, sino la íntima alegría de una elección hecha por amor a Cristo».

6) Palabras de Juan Pablo II

Os debéis a los fieles del Pueblo de Dios, para que también ellos sean «consagrados en la verdad» (Jn. 17,17)... Ejerced vuestras tareas ministeriales como otros tantos actos de vuestra consagración... para que sea la Iglesia de Cristo sacramento de salvación. Para eso evangelizaréis y os dedicaréis a la catequesis de niños y adultos: para eso estaréis disponibles en la celebración del sacramento de la reconciliación; para eso visitaréis a los enfermos y ayudaréis a los pobres, haciendoos todo a todos para ganarlos a todos (1 Cor. 9,22)... Vuestros propios fieles os quieren sacerdotes de cuerpo entero... y en el vestir... (8-11-1982).

«No es cediendo a las sugestiones de una fácil laicización expresada mediante el aban-

dono de la sotana o del hábito eclesiástico..., como un sacerdote se acerca eficazmente al hombre de hoy... La gente necesita signos y señales de Dios... No contribuyáis a esa tendencia, a retirar a Dios de las calles, adoptando vosotros mismos modos sociales de vestir o comportarse.»

La santidad del sacerdote

Todos los sacerdotes estamos más obligados que los simples fieles, por nuestra dignidad sacerdotal a ser santos. Los testimonios siguientes de santos Padres de la Iglesia nos lo confirman.

– Quien está colocado a la cabeza de los pueblos para instruirlos y formarlos en la virtud ha de ser santo y sin reproche alguno (S. Isidoro).

– Antes que purificar a los demás hay que purificarse a sí mismo; que primero hay que acercarse a Dios y luego acercar a El a los demás; que hay que sacrificarse para poder luego santificar y que antes que iluminar hay que ser luz (San Gregorio Nazianceno).

– Los sermones de los sacerdotes de vida poco edificante producen desprecio más bien que frutos (San Gregorio Magno). Además dice: «Es necesario que la mano que ha de lavar las man-

chas de los demás esté libre de toda mancha».

– No vayáis a cerrar el cielo a los fieles, pues se lo cerráis cuando os ven vivir mal (San Agustín).

– «Si los sacerdotes viven entregados al pecado, todo el pueblo se hunde en los vicios; por eso cada cual dará cuenta de su pecado, al paso que los sacerdotes la darán de los pecados de todos».

San Alfonso María de Ligorio recomienda a los sacerdotes practiquen todas las virtudes, y hablando de la pureza dice: «Entre todas las virtudes que el apóstol prescribe a Timoteo, le recomienda especialmente la castidad» (1 Tim. 5,22). Dice Orígenes que «la castidad es la primera de las virtudes que ha de adornar al sacerdote cuando sube al altar». Y según Clemente de Alejandría, «sólo quienes viven castos son y pueden llamarse sacerdotes de Dios». «Si, pues la pureza constituye al sacerdote, la impureza lo despoja de su dignidad».

Inocencio III estableció que nadie fuera promovido a un orden sagrado que no fuese o virgen o de castidad probadísima. Santo Tomás enseña que «la impureza aleja a Dios más que cualquier otro vicio»

El citado San Alfonso M.ª de Ligorio dice «Cuando subió al cielo el divino Redentor, dejó en la tierra a los sacerdotes para que de-

sempeñaran sus funciones de Mediador entre Dios y los hombres».

¿Cómo deben vivir los intercesores anteDios?

Deben vivir limpios de pecado. La mala vida o pecados de los intercesores, o sea, de los sacerdotes son supropia ruina y la del pueblo. Por eso dijo San Jerónimo: «La dignidad de los sacerdotes es grande, pero su ruina también es grande si pecan. Alegrémonos de su elevación, pero temblemos por sus culpas».

Recordemos brevemente la historia de Samuel. Estuvo al servicio de Helí, sumo sacerdote, en el templo desde niño... Heli tenía dos hijos, Ofní y Finés, ambos eran perversos, escandalizaban al pueblo por su avaricia y sus impurezas públicas...

Un día dijo Helí a sus hijos: «*Estáis haciendo que el pueblo se aparte de Dios, y si un hombre peca, ¿cómo podrá interceder por el pueblo?...*»

Como leemos en la Sagrada Escritura, entablada un día la batalla de los filisteos contra los israelitas, ante el temor sacaron el arca de la alianza y la llevaron creyendo que al igual que un día las aguas del Jordán retrocedieron al llegar a este río los sacerdotes con ella, así

ocurriría algún milagro y se retirarían los filisteos, enemigos del pueblo de Dios...

Y ¿qué sucedió? El hecho fue que entablada la batalla, el arca cayó en poder de los enemigos y murieron los dos sacerdotes Ofní y Finés y además multitud de israelitas..., y al saber esta triste nueva, Helí cayó de su silla y murió desnucado...

«Cuando el Señor castiga a un pueblo, dice San Alfonso María de Ligorio, el castigo empieza por los sacerdotes, por ser ellos la primera causa de los pecados del pueblo, ya por su mal ejemplo, ya por la neglicencia en cultivar la viña encomendada a sus desvelos».

Consecuencia: Si el sacerdote es intercesor de Dios ante el pueblo, debe vivir limpio de toda culpa, pues notemos, como dice el Papa Inocencio III, que «muchas cosas que son veniales tratándose de seglares, son mortales entre eclesiásticos».

El sacerdocio es algo grande

Hay que estar prevenidos. Cuando el sacerdote cumple bien con su misión, no faltan quienes le odien y le combatan. Jesucristo ya nos dice en el Evangelio: *«A mí me han perseguido y a vosotros os perseguirán»*. Y ¿por qué odian al sacerdote y hablan mal de la religión?

Porque les echa en cara su mala vida y molesta a los que van por el camino del vicio, y mejor dicho no es el sacerdote el que les hecha en cara sus pecados, sino los mandamientos de Dios, la doctrina de Jesucristo...

Mas no hay que tener miedo a los hombres del mundo, sino que hemos de imitar a un San Pablo, cuyo ejemplo es admirable. Es cierto que persiguió a Cristo, pero una vez convertido le predicó valientemente y le reconoció como Mesías y como Dios y dijo: *«¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? En todos estos trances triunfamos espléndidamente por obra de aquél que nos ama. Cierto estoy que ni muerte ni vida, ni presente ni porvenir, ni poderíos, ni seres de lo alto, ni seres de lo profundo, ni criatura alguna, podrá jamás separarnos del amor de Dios en Cristo»* (Rom.9,35).

Por Cristo hemos de afrontar situaciones adversas, sin dejar de predicarle a El y su doctrina *«a tiempo y a destiempo, pero con toda paciencia y doctrina»* (2 Tim.4,2), procurando cumplir nuestro ministerio pastoral *«no por fuerza, sino espontáneamente según Dios, no por sórdido lucro, sino con prontitud de ánimo»*, con una entrega generosa, y como vivos modelos del rebaño.

Enseñad a todas las gentes

El sacerdote católico ha recibido de Cristo el oficio y la misión de enseñar la verdad, y por eso, como dijo Pío XI, «debe enseñar la doctrina de la salvación», y de estas enseñanzas, a semejanza del apóstol de las gentes, es deudor *«a los sabios y a los ignorantes»* (Rom. 1,14), pero ¿cómo podrá enseñarla si no la posee? *«Los labios del sacerdote deben custodiar la ciencia y requerirán la ley de su boca»* , dice el Espíritu Santo por medio de Malaquías; y nadie ha podido decir nunca, en recomendación de la ciencia sacerdotal, una palabra más grave que aquella que pronunció un día la misma Sabiduría por boca de Oseas: *«Porque tú has rechazado a la ciencia yo te rechazaré para que no cumplas mi sacerdocio»*.

«El sacerdote, dice el mismo Pío XI, debe plenamente poseer la doctrina de la fe y de la moral católica, debe saberla proponer, debe saber rendir cuenta de los dogmas, de las leyes, del culto de la Iglesia, del cual es ministro; debe disipar la ignorancia... Es, pues, venerables hermanos, que es el sacerdote, aun en medio de las abrumadoras ocupaciones de su ministerio, y siempre en orden a aquél, continúe el estudio serio y profundo de las disciplinas teológicas...».

Mas para salvar a las almas, dice San Al-

fonso M.ª de Ligorio, no basta con predicar, sino que hay que predicar como se debe. Para predicar bien, en primer lugar, son necesarios estudio y ciencia. Quien predica al azar y neciamente dañará, en vez de aprovechar a las almas. San Gregorio Magno decía: «Se desprecian los sermones del predicador cuya vida se desprecia». Y San Jerónimo añade: «Negasteis con las obras lo que afirmáis en los sermones»...

Decía San Francisco de Sales: «El corazón habla al corazón» con lo que quería decir que las palabras hablan sólo a los oídos y no penetran en el corazón; sólo quien habla de corazón, es decir, quien siente y practica lo que dice hablará al corazón de los demás y los moverá al amor de Dios.

Además es necesario que en la predicación se proponga uno un fin recto, es decir, no los intereses temporales, sino la gloria de Dios; no el grangearse vanas alabanzas, sino procurar la salvación de las almas. (S. Alf.).

Para que la predicación sea fructífera, debe preceder a esta la oración. «Más vale la palabra de un sacerdote caldeado en la oración que cien sermones de un teólogo vano y disipado».

Creo haber condensado en este breve trabajo muchas ideas en pocas palabras, meditadlas, y termino con estas otras palabras elocuentes del gran Pontífice San Gregorio Magno: «Im-

porta que el Pastor de almas sea puro en sus pensamientos, intachable en sus obras, compasivo con todos, más que todos levantado en la contemplación, discreto en el silencio, provechoso en las palabras, compañero de los buenos por la humildad y firme en velar por la justicia contra los vicios de los delincuentes. Que la ocupación de las cosas exteriores no disminuya el cuidado de las interiores, y el cuidado de las interiores no le impida el proveer a las exteriores».

Laudetur Iesuschristus = Alabado sea Jesucristo.

INDICE

Prólogo 3

PRIMERA PARTE

Joven ¿qué piensas? 5
¿Quiénes fueron San Pablo y San Agustín? .
Tú puedes ser apóstol y ministro de Dios 12
Joven, piensa en el sacerdocio 13

SEGUNDA PARTE

Sacerdote, ¿quién eres tú? 16
El sacerdote no es como los demás hombres .. 17
¿Qué dice el Concilio Vaticano del sacerdote? 18
Grandeza de la dignidad sacerdotal 20
Testimonio de los últimos Papas 22
La santidad del sacerdote 29
¿Cómo deben vivir los intercesores ante Dios? 31
El sacerdocio es algo grande 32
Enseñad a todas las gentes 34

OTROS LIBROS DEL AUTOR

La Biblia Explicada (Para mejor entenderla)
La Biblia Ilustrada Compendiada
La Biblia más Bella
La Biblia a tu alcance
Curso Bíblico práctico
Catecismo de la Biblia
Historia Sagrada o de la Salvación
Nuevo Testamento Explicado, con 4 índices: general, alfabético, teológico y errores de las sectas. (Es completo, con versión del original)
Tesoro Bíblico, Teológico
Evangelios y Hechos Ilustrados
Jesús de Nazaret
Dios te Habla (libro bíblico)
El Catecismo Ilustrado
El Catecismo más Bello (Primera Comunión)
El Catecismo Conciliar, en 10 tomitos
Tesoro del Catequista: Astete explicado
El Matrimonio (Preparación y cómo vivirlo)
Bautismo y Confirmación
Catequesis Bíblicas
¿Existe Dios?
¿Existe el Infierno?
¿Existe el Cielo?
¿Quién es Jesucristo?
¿Quién es el Espíritu Santo?
¿Por qué no te confiesas?

¿Por qué no vivir siempre alegres?
¿Seré Sacerdote?
Para ser Santo
Para ser Sabio
Para ser Feliz
Para ser Apóstol
Para ser Católico Práctico
La Buena Noticia
La Caridad Cristiana
La Bondad de Dios
La Santa Misa explicada
La Virgen María a la luz de la Biblia
La Penitencia, qúe valor tiene
La Formación del Corazón
La Formación del Carácter
La Reforma de una Parroquia
La Matanza de los Inocentes (aborto y divorcio)
La Senda Desconocida (La virginidad)
La Cruz y las cruces de la vida
La Religión Verdadera y las diversas sectas
La Edad de la Juventud
Los Diez Mandamientos ¿qué valor tienen hoy?
Los Grande Interrogantes de la Religión
Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia
Los Testigos de Jehová
Los Males del Mundo
Los Ultimos Tiempos
El más Allá
El Diablo anda suelto
El Valor de la Oración
El Valor de la fe cristiana
El Padrenuestro, la mejor Oración
El Pueblo pide Sacerdotes Santos

El Dios Desconocido
El Camino de la Juventud
El Niño y su educación
El Mundo y sus peligros
El Sagrado Corazón de Jesús
Diccionario de Espiritualidad
Historia de la Iglesia
Vida de San José
Pedro, Primer Papa
Flor de un Convento
Florilegio de Mártires
Somos Peregrinos. Estamos aquí de paso
Vamos de Camino
Tu Camino (Vocacional)
Misiones Populares
De Pecadores a Santos
Pecador, Dios te espera
Joven, Levántate
Tu Conversión; no la difieras
Siembra el bien
Lágrimas de oro, o el problema del dolor
No pierdas la juventud
Siguiendo la Misa
Visitas al Santísimo (para cada día del mes)
Hablemos con Dios (Visitas al Santísimo)
Dios vive entre nosotros (Eucarístico)
Las Almas Santas
Errores Modernos (comunismo, socialismo marxista)
Marxismo o Cristianismo
Doctrina Protestante y Católica
Salmos y cánticos comentados conforme el Breviario
La esperanza en la otra vida
La Eucaristía. ¿Para qué oír la Misa?